

NUESTRA UNIVERSIDAD

Nancy Ríos: de lo real a lo maravilloso

Escuela Latinoamericana de Medicina. La Habana. Cuba.

MSc. Dr. Damodar Peña Pentón

Su torrente fluye desde Báguanos, en Holguín, y no es único. Son, como el apellido, varios caudales que atravesaron Cuba de este a oeste hasta asentarse en una apacible esquina de Guanajay, no para ver pasar los años sobre ella sino para atravesarlos con sus aguas que nunca fueron ni serán tranquilas.

La profesora Nancy Ríos Hidalgo viene de muy lejos, de una estirpe mambisa –una tatarabuela dirigió un hospital en la manigua durante la guerra por la independencia- y obrera: su padre era plomero en el Central que hoy se llama López–Peña en homenaje a dos mártires del sector azucarero. La madre, mujer singular, fue por mucho tiempo la directora de la biblioteca del Central. Bordaba, cosía, tejía y pintaba, le inculcó el amor a lo bello, la pasión por el estudio, tenacidad y espíritu de sacrificio. Del padre heredó el humanismo, la modestia y la bondad que la caracterizan, pero también el gusto por el baile y por la pelota, porque siendo hija única se la llevaba los domingos a presenciar los juegos entre los equipos de beisbol de la zona.

La primera escuela de Nancy fue su casa. Allí la tía enseñaba a leer y a escribir a los niños del barrio. Después la matricularon en una escuela metodista y así mientras en la semana recibía lecciones relacionadas con el credo protestante, los domingos acudía a la misa católica de la mano de su tía.

Cuando terminó la primaria estudió secundaria y preuniversitario, a 35 kilómetros de distancia de Báguanos, en la ciudad de Holguín. El padre se levantaba todos los días a las tres de la mañana para asegurar el viaje en el ómnibus que salía a las cinco. El regreso era un problema si se le iba la última guagua para el Central. En ese tiempo se graduó de profesora de piano. Desde los cinco años había comenzado a adiestrarse. Nancy interpretaba música clásica y en especial el concierto No 1 de Chaikovski que era la pieza preferida de la madre, pero desde que ella murió nunca más ha tocado.

La Revolución le dio la oportunidad de estudiar una carrera universitaria y se decidió por la de medicina. En Santiago de Cuba los dos primeros años y después en Holguín, en el hospital Lenin. No fue algo improvisado, los juegos infantiles curando muñecos en el patio de la casa, la influencia de un tío enfermero y las historias del solitario médico del área del Central habían labrado una vocación a la que seguiría

fiel el resto de su vida. Fue también la época en que se consolidó su inclinación por la docencia iniciada cuando acompañó a la madre en la campaña de alfabetización y después impartiendo clases de Física a sus compañeros en el preuniversitario. Se incorpora activamente al Movimiento de Alumnos Ayudantes en Anatomía Patológica y desde allí da el salto a la residencia en esta especialidad que la atraía casi por instinto; Nancy recuerda que de niña cortaba pedacitos dañados de la piel de un oso de peluche para examinarlos a través de un microscopio, uno de los juguetes favoritos de su infancia.

Hizo la especialidad en el mismo hospital Lenin y como todos los jóvenes de la época formó parte de la vorágine de los acontecimientos, lo mismo en la recogida de papá y tomate, en la caña, en la preparación combativa o en los chequeos de emulación donde hasta llegó a imitar a la cantante Farah María. Fueron años difíciles porque el Lenin era el único hospital de su tipo en toda la región y había un trabajo constante y agotador.

Cuando se graduó de patóloga dio comienzo a otra fase muy importante de su vida: su relación con el mundo árabe. Apenas dos meses después de hacerse especialista la seleccionan para una misión internacionalista en Iraq y estuvo allí cuatro años. En Bagdad conoció a quien sería su esposo con un apellido que le traería siempre recuerdos de las espléndidas y antiguas ciudades del medio oriente: Medina. Con él, que era diplomático, y con la pequeña hija de ambos, Jamila, se fue a Egipto, a la embajada cubana en El Cairo. Dejó a un lado por un tiempo la Anatomía Patológica y se dedicó a estudiar el país, su cultura y tradiciones, a organizar la enorme biblioteca de la sede diplomática y a conocer los lugares por donde milenios atrás floreció una de las más grandes civilizaciones del planeta.

Al regreso se reincorpora a la agitada vida de los revolucionarios cubanos. Fue subdirectora de su querido hospital y decana de la facultad de medicina de Holguín, hoy universidad médica. Como decana protagonizó un hecho insólito para un funcionario de su cargo porque formó parte del grupo de danza estudiantil de la facultad con el que ganó un premio en el festival provincial. Otra misión, esta vez en Etiopía, la mantuvo ocupada durante tres años fundando la facultad de ciencias de la

salud en la Universidad de Mekele, al norte del país. A la partida recibió de manos del rector el reconocimiento como mejor profesora del claustro y un anillo que no se ha quitado desde entonces.

Las vueltas de la vida la trajeron al occidente, y es cuando aparece en la ELAM con su habitual entusiasmo y su contagiosa energía: una verdadera fuerza gravitacional. Al frente del Departamento de Anatomía Patológica une, confía, propone, crea, exige y da el ejemplo. Desarrolla, junto a su colectivo, un trabajo cercano a los estudiantes y por medio del Movimiento de Alumnos Ayudantes los aglutina a su alrededor y los motiva; funda con ellos el museo de Anatomía Patológica. Desde el año 2011 más de 130 estudiantes de 47 países han sido alumnos ayudantes de esa disciplina en la ELAM, y algunos de los graduados se decidieron por la especialidad.

Profesora titular y consultante, máster en ciencias, especialista de segundo grado, autora principal del libro de la asignatura; camina por los pasillos de la ELAM, saluda a todo el mundo, comenta sobre casi todo y con cierta frecuencia repite la palabra "maravilloso" para opinar de algo que a su entender merece tal elogio.

Cuando se le pregunta qué es para ella con exactitud lo

maravilloso escribe una larga lista en la que se encuentra haber nacido en Báguanos, en Holguín y en Cuba; diagnosticar al microscopio una patología interesante; ser profesora de su especialidad; sus alumnos ayudantes; su militancia en el Partido; una sonata de Beethoven y una canción de Silvio; un juego de pelota entre Matanzas e Industriales; su familia: su esposo Medina y su hija Jamila, de la que está muy orgullosa porque es considerada una de las voces jóvenes más reconocidas de la poesía contemporánea cubana; y tener muchos buenos amigos y amigas. Finalmente confiesa: Lo maravilloso es la vida misma.

Sustenta con su mirada penetrante y traviesa una realidad que ha ayudado a construir desde los cimientos. La emancipación de la mujer, la educación médica en Cuba, el desarrollo de la Anatomía Patológica, la Escuela Latinoamericana de Medicina, la propia Revolución: todo eso es la profesora Nancy Ríos. Pero, como surgida de un cuento de las mil y una noches de insomnios entre El Cairo, Bagdad y Mekele, o mejor aún, entre Guanajay, La Habana, Báguanos y Holguín, ella es también, por derecho de su ser natural bondadoso y bueno, crisol y esencia de lo Maravilloso.

